ESTE REPORTE HA SIDO PRODUCIDO EN COLABORACIÓN CON:

ZSL Zoological Society of London



INFORME PLANETA VIVO 2026

La ciencia de la esperanza

EQUIPO EDITORIAL

Rebecca Shaw (WWF-Ciencia Mundial): Redactora jefe
Kimberley Marchant (WWF-Ciencia Mundial): Gerente editorial
Kate Cooke (WWF Internacional): Responsable de proyecto
Amanda Kegu (WWF-Ciencia Mundial): Jefa de proyecto
Katie Gough (WWF Internacional): Responsable de comunicación
Kate Graves (WWF-Ciencia Mundial): Jefa de producción
Emma Ackerley (WWF Internacional): Jefa de comunicación
Alex Batka (WWF-Ciencia Mundial): Directora editorial
Samantha Cheng (WWF-Ciencia Mundial): Jefa de pruebas científicas,
Karuna Paudel y Dina Rasquinha (WWF-Ciencia Mundial): Apoyo editorial y en datos
Barney Jeffries: Redactor y editor
Weirdesign: Diseño gráfico

COMITÉ DE DIRECCIÓN

Mike Barrett (WWF-Reino Unido), Lydia Gaskell (WWF Internacional), Efraim Gómez (WWF Internacional), Melanie Janin (WWF Internacional), ANGU ANGU Kenneth (WWF Congo Basin Forest Hub), Thibault Ledecq (WWF-Vietnam), Irina Montenegro (WWF Country Office Unit), Rebecca Shaw (WWF-Ciencia Mundial), Daudi Sumba (WWF Internacional) y Jeff Worden (WWF Internacional)

AUTORÍA

Mike Barrett (WWF-Reino Unido), Guido Broekhoven (WWF Internacional), Stuart Chapman (WWF-Iniciativa Tigres Vivos), Dean Cooper (WWF Internacional), Stefanie Deinet (Sociedad Zoológica de Londres), Andrew Deutz (WWF-Estados Unidos), Robin Freeman (Sociedad Zoológica de Londres), Franziska Gaupp (Universidad de Osnabrück), Sarah Glaser (WWF-Estados Unidos), Brent Loken (WWF-Ciencia Mundial), Christine Madden (WWF-Programa Triángulo de Coral), Vishwanie Maharaj (WWF-Estados Unidos), Valentina Marconi (Sociedad Zoológica de Londres), Louise McRae (Sociedad Zoológica de Londres), Robin Naidoo (WWF-Estados Unidos), Tom Powell (Universidad de Exeter), Jennifer Roberts (WWF-Iniciativa Tigres Vivos), Kirsten Schuijt (WWF Internacional), Rebecca Shaw (WWF-Ciencia Mundial), Steven R. Smith (Universidad de Exeter) y Elisa Vacherand (WWF Internacional)

COLABORADORES DE WWF

Este informe es el resultado de amplias consultas y contribuciones de nuestras y nuestros colegas de toda la red WWF. El personal de WWF ofreció su experiencia, conocimientos y comentarios sobre el contenido de este Informe Planeta Vivo. Queremos expresar nuestra profunda gratitud y respeto por sus inestimables contribuciones.

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Nos gustaría agradecer igualmente los valiosos puntos de vista y aportaciones de nuestros colaboradores de la Universidad de Exeter: Tom Powell y Steven R. Smith. Agradecemos también las contribuciones de nuestros compañeros Neil Burgess (UNEP-WCMC), Cecil Haverkamp (Nature Action Tracker) y EJ Milner-Gulland (Universidad de Oxford). Queremos dar las gracias a los siguientes revisores: Stuart Butchart (BirdLife International), David Curnick (Sociedad Zoológica de Londres), Adriana De Palma (Museo de Historia Natural), Daisy Halliwell (Sociedad Zoológica de Londres), Craig Hilton-Taylor (UICN), Sahil Nijhawan (Sociedad Zoológica de Londres), Andy Purvis (Museo de Historia Natural) y Johan du Toit (Sociedad Zoológica de Londres). Toda nuestra gratitud para los equipos NATURE Impacts y Nature Action Tracker, cuyo trabajo de base ha aportado los datos necesarios para elaborar el capítulo 5. Ampliamos nuestro agradecimiento a Elena Khishchenko (WWF Internacional) y Patricia Schelle (WWF Internacional) por sus aportaciones al grupo de trabajo, y a Lucy Young (WWF-Reino Unido) por su labor de coordinación con socios. También nos gustaría dar las gracias a todas las personas que han tenido la amabilidad de añadir datos a la Base de Datos Planeta Vivo (www.livingplanetindex.org) y, en concreto, a las que han apoyado la recopilación de datos en los dos últimos años: Tatiana Dickins; datos de Brasil: Filipe Serrano (Universidad de São Paulo), Helga Correa Wiederhecker (WWF-Brasil), Rodrigo Jorge, Elildo Carvalho Jr., Bruno Sandy y Marcelo Mukira Reis (Instituto Chico Mendes de Conservação da Biodiversidade); datos de África: Githmi Wijedasa y Ceri Webster.



WWF

WWF es una organización independiente dedicada a la conservación, con más de 40 millones de seguidores y presencia en más de 100 países. Nuestra misión es detener la degradación del entorno natural del planeta y construir un futuro en el que las personas vivan en armonía con la naturaleza conservando la diversidad biológica mundial, garantizando que el uso de los recursos naturales renovables sea sostenible y promoviendo la reducción de la contaminación y el consumo desmedido.

INSTITUTO DE ZOOLOGÍA (SOCIEDAD ZOOLÓGICA DE LONDRES)

Fundada en 1826, la ZSL es una organización benéfica internacional dedicada a la conservación, basada en la ciencia, cuya labor consiste en restaurar la vida salvaje en el Reino Unido y en todo el mundo. Este año, la ZSL celebra un hito mayúsculo: sus 200 años. Nada menos que dos siglos de labor a la vanguardia de la ciencia, protegiendo especies en estado crítico, restaurando ecosistemas e inspirando conexiones entre las personas y la vida silvestre. Desde la apertura del primer zoo científico a la fundación del Instituto de Zoología y a su labor precursora en la ciencia mundial de la conservación, el mejor legado de la ZSL es la innovación y el optimismo.

La ZSL administra el Índice Planeta Vivo en colaboración con WWF.

CITA RECOMENDADA

WWF (2026). *Informe Planeta Vivo 2026 – La ciencia de la esperanza.* WWF, Gland, Suiza.

Diseño e infografías: weirdesign.com

ISBN: 978-2-88085-322-8

Informe Planeta Vivo® e *Índice Planeta Vivo*® son marcas registradas de WWF Internacional.



INFORME PLANETA VIVO 2026

La ciencia de la esperanza



Kirsten Schuijt
Directora General
WWF Internacional

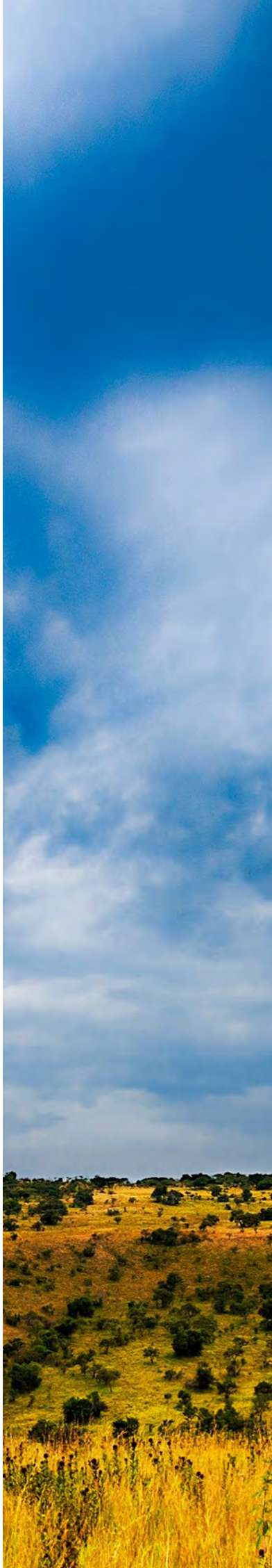
Un mensaje de esperanza

La oportunidad que se nos presenta es excepcional. Si tomamos las decisiones correctas ahora, podemos construir un futuro en el que prosperen tanto las personas como la naturaleza, pero debemos entender que ese futuro requiere una transformación a una velocidad y escala como nunca antes se ha hecho.

Las conclusiones científicas del *Informe Planeta Vivo 2026* son muy claras: los sistemas que han impulsado el crecimiento económico están acelerando la pérdida de la naturaleza a un ritmo sin precedentes. Para detener y revertir tal tendencia se precisa una transformación que afecte a todos los sistemas: desde la forma en que producimos energía y alimentos a la forma en que financiamos nuestras economías. Dicha transformación debe ser ambiciosa, y es necesario que redefina los sistemas mundiales de manera justa, equitativa e inclusiva.

Pero el cambio duradero nunca es tarea de un solo actor. Las empresas, las entidades financieras, los pueblos indígenas y comunidades locales, la sociedad civil, los gobiernos y las personas: todos tenemos un papel que desempeñar. Cuando los distintos esfuerzos se armonizan y se mantienen con el paso del tiempo, el cambio perdura gracias a los años de esfuerzo colectivo y al fortalecimiento del impulso que ya está encauzado.

Ahí es donde la esperanza se convierte en un poderoso factor del cambio. Como revela el *Informe Planeta Vivo 2026*, ya hemos comprobado que la esperanza puede hacer posible la recuperación de especies y la modificación de los sistemas energéticos. Ahora es preciso que llevemos adelante ese impulso para ampliarlo más, hasta que llegue a la altura de nuestra ambición de responder a la envergadura del desafío.



De la presión al progreso

Un punto de inflexión se suele definir como un momento de cambio súbito. Pero en realidad, es el resultado de procesos que se van forjando con el tiempo, a menudo de manera imperceptible, hasta que se traspasa un umbral.

El progreso sigue un patrón similar y rara vez avanza en línea recta. Cobra forma gradualmente, mediante la perseverancia, la cooperación y las decisiones reiteradas, hasta que aquello que antes parecía incierto comienza a cobrar velocidad y sentido.

Las presiones que provocan la pérdida de la naturaleza y el cambio climático siguen siendo enormes. La forma en que producimos energía y alimentos y la forma en que financiamos nuestras economías sigue provocando la pérdida y degradación de hábitats, la sobreexplotación y el cambio climático, que a su vez siguen amenazando especies. Todas esas fuerzas juntas están presionando los sistemas naturales de los que dependemos, llevándolos cada vez más cerca de sus límites.

Y, sin embargo, eso no es lo único que está ocurriendo. Paralelamente a esas presiones, está surgiendo una dinámica diferente, que apunta a lo posible.

La recuperación de especies emblemáticas como los tigres, el atún rojo del Atlántico y del Pacífico, los elefantes del sur de África y las tortugas verdes marinas demuestra lo que se puede lograr con un esfuerzo sostenido y coordinado a lo largo del tiempo. Pero el éxito a largo plazo depende de que lidiemos con las causas profundas de la pérdida de naturaleza, transformando los sistemas que la provocan.

Lo alentador es que el progreso ya está encauzado. No en todas partes y tampoco a la escala que sería necesaria, pero lo bastante para demostrar que el cambio es posible.

En el sector energético, una transición que hace tan solo una década se consideraba remota, está ahora en plena aceleración. La energía solar se ha convertido en la fuente más barata de generación de electricidad en la mayor parte de los países y los vehículos eléctricos representaron la cuarta parte de las ventas mundiales en 2024.

Tal modificación es el reflejo de décadas de políticas, innovación y esfuerzos comunes desde mucho antes de que los resultados fueran visibles a gran escala. Y el tipo de transformación que se requiere consiste precisamente en ampliar ese progreso por encima de las fronteras, los sectores y las comunidades, para que las iniciativas refuercen en un lugar las que se realizan en otro.

El cambio está en marcha, pero su rumbo todavía está por escribir. Que el progreso incipiente se desarrolle hasta convertirse en algo más sostenido depende de las decisiones que tomemos ahora y del ritmo al que las apliquemos.

Tenemos los conocimientos, las herramientas y las vías. Lo que importa ahora es que nos decidamos a actuar colectivamente.

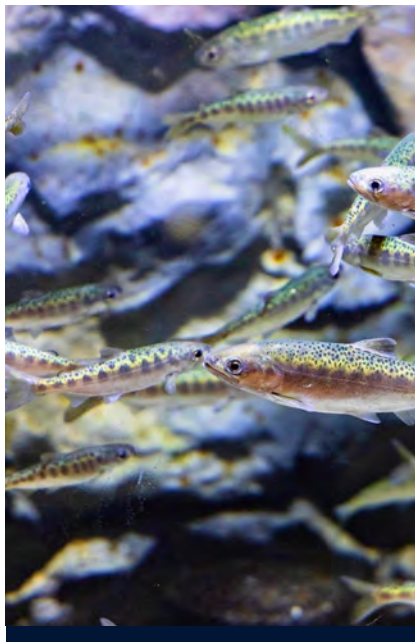
RESUMEN EJECUTIVO



Cada planta, cada animal, cada hongo y cada microorganismo del planeta forma parte del mismo sistema vivo, y nosotros también.

Ese sistema funciona gracias a la biodiversidad: la variedad de vida y las relaciones ecológicas que la conectan entre sí. Los alimentos que cultivamos dependen de los polinizadores y de los microbios del suelo que mantienen la tierra fértil. El agua potable depende de que las cuencas estén intactas. La mayor parte de los medicamentos que hay en nuestras farmacias se derivan de moléculas que se identificaron inicialmente en plantas, hongos o microorganismos. El clima, del que dependemos, está regulado por los bosques, océanos, humedales y estepas. Y la propia economía, que se expresa en forma de números, se fundamenta en servicios de la naturaleza: alrededor de la mitad del PIB mundial (unos 58 billones de dólares en 2023) procede de trabajos que dependen de una u otra forma de la naturaleza. Cuando la biodiversidad se degrada, todo aquello que se cimienta en ella se degrada también.

Actualmente, tal degradación se está produciendo a un ritmo sin precedentes en la historia de la humanidad. El Índice Planeta Vivo (IPV) mide el cambio en la tendencia media del tamaño de las poblaciones analizadas de especies de vertebrados en todo el mundo: mamíferos, aves, peces, reptiles y anfibios. Entre 1970 y 2022, las poblaciones cuya evolución ha seguido el IPV han menguado una media del 73 %. Otras mediciones de la biodiversidad reflejan distintos aspectos del mismo panorama. El Índice de la Lista Roja registra cómo está cambiando el riesgo de extinción de las especies. Por su parte, el Índice de Integridad de la Biodiversidad calcula cuánto queda de la biodiversidad original de una región en comparación con las condiciones preindustriales. Los registros de extinciones documentadas muestran que hoy por hoy están desapareciendo especies a un ritmo 100 veces mayor, o más, que en épocas anteriores a la humanidad. Estos cuatro indicadores observan la biodiversidad desde distintos ángulos, pero todos apuntan a la misma dirección.



Allí donde se ha trabajado, la vida silvestre ha regresado.

El IPV global es una media mundial, por lo que no permite ver el detalle local. Algunas regiones están perdiendo vida silvestre mucho más rápido que otras, y en cambio otras especies y ecosistemas son estables o se están recuperando. Aproximadamente la mitad de las poblaciones analizadas en el IPV global están estables o en aumento, lo cual es de suma importancia porque nos dice que el declive no es inmutable. Allí donde se ha trabajado, la vida silvestre ha regresado.



Lo que todas tenían en común es un objetivo claro, un plan revisable a medida que se aprendía de lo hecho, la capacidad de actuar y la resiliencia para seguir adelante pese a todas las dificultades.

La conservación funciona, y cada vez a mayor escala

Los tigres son uno de los ejemplos más claros. En 2010 solo quedaban unos 3200 tigres salvajes y la especie parecía rodar hacia el abismo de la extinción. Sin embargo, para 2025 la población había crecido hasta unos 5700 ejemplares, un aumento del 70%. Los atunes rojos del Atlántico y del Pacífico, que estaban al borde del colapso tras décadas de sobrepesca, se han recuperado hasta el punto de que ahora ninguna de las dos especies se considera amenazada. La población de elefantes de África meridional está estable o en aumento en la mayoría de los lugares donde las comunidades locales lideran la gestión de las tierras que comparten con ellos. En 2025, la tortuga verde se convirtió en la primera especie de tortuga marina en pasar de la categoría En Peligro a Preocupación menor, al cabo de cincuenta años de trabajo en más de ochenta países de nidificación.

Dichos procesos de recuperación han llevado décadas. Y fue necesario que la gente siguiera trabajando sin saber si sus esfuerzos iban a dar resultado, haciendo frente a los reveses políticos, los recortes de financiación y a largos periodos en los que parecía que nada estaba cambiando. Todas tenían en común un objetivo claro, un plan revisable a medida que se aprendía de lo hecho, la capacidad de actuar y la resiliencia para seguir adelante pese a todas las dificultades. En psicología, esa combinación se denomina esperanza.



La esperanza es un proceso

En conservación, la esperanza es un proceso que mantiene a las personas implicadas ante desafíos complejos e inciertos durante largos periodos. Tiene cuatro componentes: el primero es un objetivo basado en algo que la persona o la comunidad valora; el segundo es una ruta creíbles hasta el objetivo, un plan que pueda adaptarse a medida que varían las condiciones o que se recibe nueva información; el tercero es la capacidad de actuar, la creencia en que el trabajo que estás haciendo puede cambiar las cosas; y el cuarto es la resiliencia, la capacidad de seguir adelante cuando el progreso se estanca y de buscar nuevas vías cuando las antiguas se cierran. Esos cuatro componentes se refuerzan mutuamente. Y cuando se refuerzan a través de grupos de personas, comunidades, sectores y fronteras, la esperanza pasa a ser colectiva. La esperanza colectiva es la forma más fiable que tenemos para predecir si se producirá un cambio a gran escala.

Las poblaciones recuperadas que hemos mencionado se lograron gracias a la esperanza activa y colectiva a gran escala y durante un plazo largo de tiempo, y no por una cuestión de suerte o de unas pocas personas excepcionales.



Figura ES.1 Más que un sentimiento, la esperanza se convierte en un proceso que impulsa el cambio transformador cuando se combinan objetivos, capacidad de acción y estrategias. La resiliencia proporciona la fortaleza necesaria para seguir adelante ante los obstáculos.



Quemar carbón, petróleo y gas para producir electricidad para los hogares, el transporte y la industria genera las tres cuartas partes de las emisiones de gases de efecto invernadero que espolean el cambio climático, que se ha convertido en un factor de pérdida de biodiversidad en todos los ecosistemas del planeta.

Ese mismo patrón puede transformar los sistemas que impulsan la pérdida de biodiversidad

Las citadas recuperaciones son reales y tienen gran importancia, pero se encuentran en medio de un conjunto mucho mayor de fuerzas que van en sentido opuesto, impulsando la pérdida de biodiversidad, y dichas fuerzas están por encima de cualquier especie o lugar concretos. La mayoría de los daños provienen de tres sistemas.

El primero es la forma en que el mundo produce y usa la energía. Quemar carbón, petróleo y gas para producir electricidad para los hogares, el transporte y la industria genera las tres cuartas partes de las emisiones de gases de efecto invernadero que espolean el cambio climático, que se ha convertido en un factor de la pérdida de biodiversidad en todos los ecosistemas del planeta.

El segundo es la forma en que el mundo produce y consume los alimentos. La agricultura es la principal causa de degradación y pérdida de hábitats, el factor primordial del declive de la biodiversidad y una fuente considerable de emisiones de gases de efecto invernadero, además de contribuir cada vez más al aumento de enfermedades relacionadas con la dieta. El planeta ya ha cruzado siete de los nueve límites planetarios que los científicos suelen definir como espacio operativo seguro para el sistema Tierra, y el sistema alimentario es responsable de la mayor parte de esta presión. El sistema falla también para las personas a quienes supuestamente debe alimentar: más de 673 millones de personas sufren desnutrición, mientras que más de mil millones son obesas.

El tercero es el sistema financiero. La dotación de capital (las decisiones sobre qué sectores industriales reciben inversiones y cuáles no) determina qué actividades crecen y cuáles se reducen. En 2023, unos 7,3 billones de dólares se destinaron a actividades nocivas para la naturaleza, mientras que solo 220 000 millones fueron a actividades que la protegen o restauran. Mientras no cambie esta ratio, los factores subyacentes de la pérdida de biodiversidad seguirán recibiendo financiación.

La conservación por sí sola no puede revertir lo que provocan estos tres sistemas. Pero la misma esperanza que llevó a la recuperación de tigres, atunes, elefantes y tortugas marinas, basada en objetivos claros, planes creíbles, capacidad de actuación y resiliencia, si la mantienen suficientes personas durante el tiempo suficiente, puede dirigirse también a cambiar los propios sistemas. Cuando se consigue que un esfuerzo estratégico, focalizado y sostenido incida en un sistema complejo de la manera deseada, el cambio de dicho sistema puede pasar de ser lento y cuestionado, a ser rápido y reforzarse a sí mismo. La comunidad científica denomina a ese tipo de cambio punto de inflexión positivo.

Los puntos de inflexión positivos

Transformar los sistemas a semejante escala puede parecer imposible, porque las infraestructuras, normativas, mercados y costumbres que los mantienen en su lugar son descomunales y tienen a sus espaldas décadas de impulso. Pero los sistemas complejos no siempre cambian de manera lineal. Se puede ir acumulando presión bajo la superficie durante años y años, sin que nada parezca moverse. Pero entonces se traspasa un umbral y se acelera el cambio. A menudo se habla de los puntos de inflexión de manera negativa, como “puntos de no retorno”: el colapso de los arrecifes de coral, la pérdida de la selva amazónica como sumidero de carbono. Y, sin embargo, la misma dinámica puede funcionar en sentido opuesto. Un punto de inflexión positivo se produce cuando un sistema traspasa un umbral hacia un estado más saludable y el cambio empieza a reforzarse a sí mismo mediante bucles de retroalimentación que lo amplifican. Cuando esto ocurre, el cambio se vuelve más rápido, más económico y más difícil de revertir.

La transición energética lo está demostrando en tiempo real. Hace veinte años la energía solar era una tecnología minoritaria que usaban los satélites y las calculadoras de bolsillo. En la actualidad es la fuente más barata de generación de electricidad en la mayoría de los países, y la capacidad solar mundial se duplica cada tres años. El 25 % de los vehículos vendidos en 2024 eran eléctricos y el uso de carbón está en declive en muchas de las economías más ricas del mundo. Pero al principio no se sabía si esto llegaría a pasar. Hicieron falta cincuenta años de apoyo político, comienzos en falso y esfuerzos pacientes para que cambiase la economía. Y ahora el cambio se está reforzando a sí mismo. El sistema energético mundial ha traspasado un punto de inflexión positivo y ha entrado en la fase de aceleración: las tecnologías renovables están desplazando a los combustibles fósiles a un ritmo que pocas personas pudieron prever hace tan solo una década.

El camino hasta este punto no ha sido fácil y la continuación tampoco lo será. Cada fase de la transición ha generado resistencia de la industria y de los intereses políticos cuyo predominio se veía amenazado. En los últimos años, tal resistencia se ha intensificado en algunos lugares del mundo. La reacción forma parte de cualquier transformación y nos indica que el cambio ha adquirido la suficiente fuerza disruptiva para importar. Para superar esta fase, se requiere resiliencia, voluntad para adaptarse y determinación para seguir adelante.



Cada fase de la transición ha generado resistencia de la industria y de los intereses políticos cuyo predominio se veía amenazado.



Los progresos parecen muy lentos porque todavía falta mucho para que los beneficios sean visibles. Pero esta es la parte del proceso en la que se sientan los cimientos para la aceleración, y en la que es más importante mantener el compromiso.

Los sistemas alimentario y financiero están en una fase más temprana. Se encuentran en lo que la comunidad científica llama fase de activación, cuando se prueban ideas, se desarrollan políticas y se forjan coaliciones. Los progresos parecen muy lentos porque todavía falta mucho para que los beneficios sean visibles. Pero esta es la parte del proceso en la que se asientan los cimientos para la aceleración y en la que es más importante mantener el compromiso. Ya se sabe cuáles son las palancas para hacer bascular esos sistemas. En alimentación, las prioridades son la producción positiva para la naturaleza, una dieta sana y sostenible, y la reducción de la pérdida y el desperdicio de alimentos. En cuanto al sistema financiero, se está creando una certidumbre normativa que exija a las instituciones considerar la naturaleza y el clima como riesgos financieros reales, detenga la financiación de actividades nocivas para la naturaleza y solvente el déficit de financiación para la biodiversidad, que asciende aproximadamente a 1.3 trillones de dólares al año. Para ello no es necesaria una tecnología que no exista ya: lo que se requiere son decisiones y perseverancia para mantenerlas a lo largo de los tramos lentos, cuando los resultados todavía no son visibles.

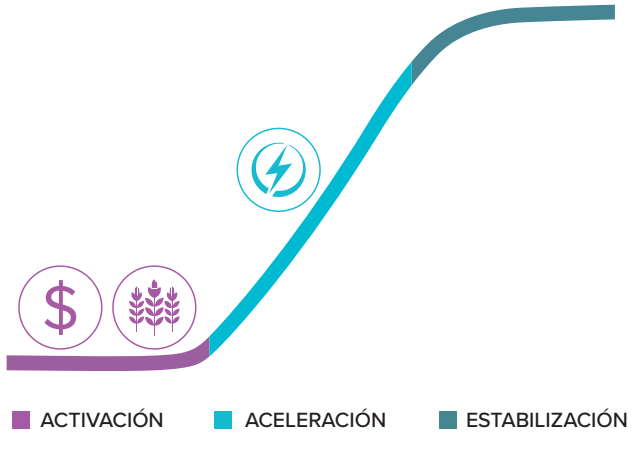


Figura ES.1 Dinámica de las inflexiones o curva en S: A lo largo de la curva en S, la dinámica de las inflexiones tiene tres grandes fases de cambio: activación, aceleración y estabilización. El sistema energético se encuentra en la fase de aceleración, mientras que los sistemas alimentario y financiero están en la fase de activación.

La escala de los flujos financieros que actualmente provocan resultados negativos nos muestra la envergadura del cambio necesario. A nivel mundial, se dedican anualmente unos 470 000 millones de dólares a subsidios agrícolas perjudiciales para el medio ambiente, así como unos 7 billones de dólares a apoyar los combustibles fósiles. Redirigir, aunque fuera una ínfima parte de dichos flujos, alteraría la dinámica económica de toda la transformación.

La equidad es un componente fundamental

Una transformación a gran escala de los sistemas energético, alimentario y financiero conlleva redistribuir costes, beneficios, empleo e influencia política. Cómo se gestiona dicha redistribución determina si la transformación tiene éxito o se desmorona. Las personas más afectadas por la pérdida de naturaleza y las más afectadas por el trabajo que supone plantarle cara suelen ser las mismas y, a menudo, son las que tienen menos poder para definir los resultados. Se trata, entre otras, de personas que trabajan en pequeñas explotaciones agrícolas y pesqueras o en industrias que tendrán que hacer la transición, hogares de bajos ingresos que serán los primeros en notar el cambio en los precios de la alimentación y la energía, así como pueblos indígenas y comunidades locales que gestionan muchas de las tierras y masas de agua con mayor biodiversidad del planeta.

Dichas comunidades no son meras partes interesadas a quienes consultar al final de un proceso: son primordiales, pues de ellas depende directamente que el proceso funcione o no. En todo el mundo las pruebas son patentes: los resultados de la conservación son más sólidos cuando se reconocen legalmente los derechos y la legítima autoridad de los pueblos indígenas y las comunidades locales sobre las tierras y masas de agua que gestionan. La pérdida de masa forestal es significativamente más baja en territorios gestionados por pueblos indígenas. Los caladeros se recuperan más rápido cuando las comunidades pesqueras locales ayudan a diseñar y aplicar las protecciones. Cuando las personas más cercanas a las tierras y masas de agua participan en la toma de decisiones, el trabajo realizado tiende a ser duradero.

Idéntica lógica se aplica también a la transformación más amplia. Las personas trabajadoras cuyos medios de vida están vinculados a los combustibles fósiles no necesitan promesas abstractas, sino vías reales para acceder a nuevos empleos, con capacitación para reciclaje profesional, protección social e inversiones en las regiones afectadas. Las agricultoras y agricultores que cambian a prácticas positivas para la naturaleza necesitan acceso a financiación, apoyo técnico y mercados que compren su producción. Los países ricos, cuyo consumo genera una huella ecológica alta, deben asumir la responsabilidad por los daños ambientales que provoca su consumo en los países de origen de sus importaciones, no solo por lo que ocurre dentro de sus fronteras. Y los beneficios de las nuevas industrias, empleos e inversión deben llegar hasta los lugares y las personas más expuestas a los costes del cambio.

Cuando las transiciones concentran los beneficios arriba y los costes abajo, se desploma el apoyo al cambio. Las personas excluidas suelen acabar defendiendo los propios sistemas que tenemos que dejar atrás. La justicia con que se lleve a cabo determinará si una transformación logra mantenerse con el paso del tiempo o se hace pedazos por la presión.



Cuando las personas más cercanas a las tierras y masas de agua participan en la toma de decisiones, el trabajo realizado tiende a ser duradero.

Un enfoque que implica a toda la sociedad, anclado en 2030

En 2022 casi todos los países del mundo acordaron un plan común para detener y revertir la pérdida de biodiversidad para 2030, en la senda hacia un mundo en armonía con la naturaleza para 2050. Dicho plan es el Marco Mundial de Biodiversidad de Kunming-Montreal (GBF por sus siglas en inglés), el compromiso con la naturaleza más coordinado que ninguna generación haya hecho jamás. Establece objetivos claros y brinda una estructura de cooperación, pero las iniciativas que se están tomando no alcanzan todavía la escala necesaria para cumplir lo prometido. Es necesario cambiar tres cosas.

En primer lugar, los países deberían establecer compromisos que equiparen la escala de su impacto real en todo el mundo, no solo lo que les conviene políticamente a nivel nacional. Un país cuyo consumo impulsa la deforestación, el agotamiento de los recursos hídricos o la pérdida de especies en otros lugares del mundo debe asumir su responsabilidad por tales perjuicios. Por otra parte, un país que posee la mayor biodiversidad del planeta necesita financiación y apoyo que reflejen el valor mundial de aquello que está protegiendo.

En segundo lugar, es preciso que los gobiernos utilicen los instrumentos que solo están en su mano para generar las condiciones que hagan posible llegar a puntos de inflexión positivos. La mayoría de los actores económicos no pueden cambiar al ritmo necesario sin contar con la certidumbre que ofrecen las políticas públicas. Un claro ejemplo es el sector financiero. Si un banco decide por su cuenta dejar de financiar actividades nocivas para la naturaleza, está dejando el negocio a su competencia; esta penalización para el primero que mueva ficha mantiene a todo el sector bloqueado en la financiación del *statu quo*. Cuando los gobiernos, los bancos centrales y los organismos reguladores del sistema financiero exijan a todas las entidades que evalúen y divulguen la forma en que su gasto y su inversión afecta a la naturaleza y al clima, la penalización desaparecerá y el capital empezará a fluir a gran escala hacia actividades sostenibles. La misma lógica se aplica a los sistemas energético y alimentario: los instrumentos con que cuentan los gobiernos para convertir la fase de activación en la de aceleración son la reforma de los subsidios, la divulgación obligatoria de información, la compra pública, la política fiscal y una normativa clara a largo plazo. Sin esa intervención, ni siquiera las comunidades, los inversores y las empresas más comprometidas son capaces de cambiar con la velocidad suficiente.

Pero los gobiernos no pueden implementar la transformación por sí solos. Un enfoque que implica a toda la sociedad conlleva que cada persona con capacidad para influir en los resultados haga su parte. Las empresas cambian lo que producen. Los inversores cambian el destino de sus inversiones. Las autoridades territoriales determinan cómo funcionan las ciudades y regiones donde vive la mayoría de la población. Las organizaciones de la sociedad civil reclaman el cambio, piden que las instituciones rindan cuentas y generan apoyo público a favor del cambio. Los pueblos indígenas y comunidades locales ejercen su autoridad sobre las tierras y masas de agua que gestionan. Los progresos más duraderos proceden de coaliciones que consiguen reunir todas esas contribuciones pese a las dificultades.

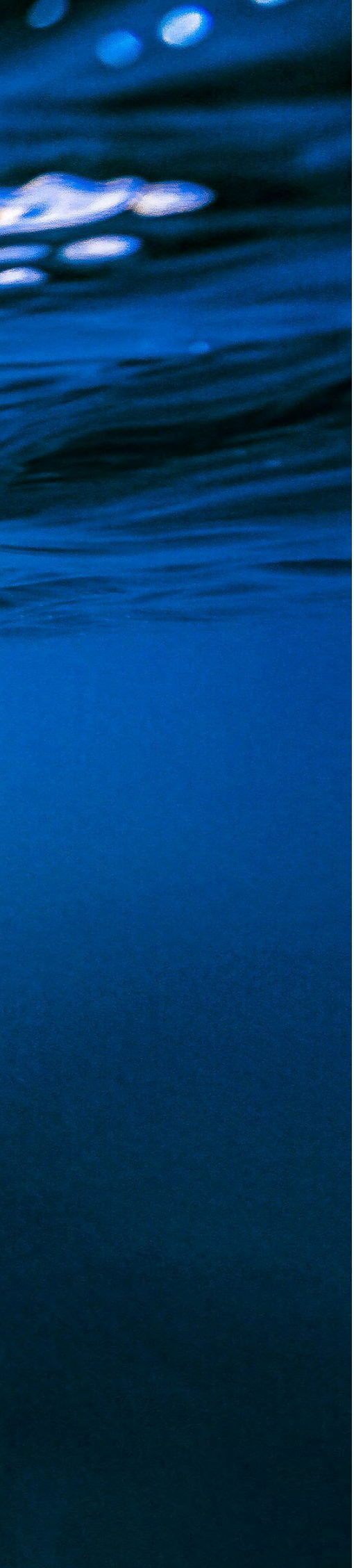
Pero no todas las iniciativas tienen por qué proceder de los gobiernos nacionales, y es posible que algunas no puedan esperar a que se arme un acuerdo multilateral. Algunos de los avances más trascendentes proceden de coaliciones de países que actúan conjuntamente en aspectos donde los procesos mundiales son demasiado lentos para responder a su urgencia. Ejemplo de ello es el *Tropical Forest Forever Facility*, que reúne a Brasil, República Democrática del Congo e Indonesia con socios europeos que proporcionan compensaciones anuales por mantener sus bosques. Otro ejemplo es la reunión de Santa Marta de países comprometidos con el abandono gradual de los combustibles fósiles. Dichas coaliciones no reemplazan al Marco Mundial de Biodiversidad, sino que funcionan paralelamente. Permiten que los gobiernos comprometidos actúen al ritmo que requiere la ciencia, mientras los procesos más generales se van poniendo al día.

En tercer lugar, los progresos se deben evaluar de manera independiente y honesta. Sin una forma clara y fiable de observar lo que están haciendo realmente los países y otros actores, qué cosas están funcionando y cuáles están atascadas, los compromisos se desdibujan, el impulso se desvanece y se pierde la oportunidad de aprender y adaptarse.





Algunos de los avances más trascendentes proceden de coaliciones de países que actúan conjuntamente en aspectos donde los procesos mundiales son demasiado lentos para responder a su urgencia.



La urgencia de 2030

La información, la tecnología, la financiación y el marco necesarios para detener y revertir la pérdida de biodiversidad están disponibles, y en muchos lugares del mundo ya se ha empezado a actuar. Pero lo que se agota es el tiempo. Los objetivos acordados en el Marco Mundial de Biodiversidad están vinculados a 2030, para cuando el mundo se ha comprometido a detener y revertir la pérdida de biodiversidad y hacer progresos sustanciales en la transformación de los sistemas que la impulsan. El sistema energético ya ha cruzado un punto de inflexión positivo y se encuentra en la fase de aceleración, pero los sistemas alimentario y financiero se encuentran en la fase de activación, y es necesario que alcancen sus propios puntos de inflexión en esta década para que los objetivos 2030 sigan a nuestro alcance. Cada año que pasa sin que la fase de activación alcance el punto de inflexión, es un año menos para que los cambios se propaguen, se estabilicen y empiecen a reparar lo que ya se ha perdido.

La tarea principal de los próximos años consiste en desencadenar dichos puntos de inflexión, y se sabe cuáles son las iniciativas que pueden hacerlo. Se trata, entre otras cosas, de rediseñar los subsidios que actualmente generan daños ambientales; exigir a las entidades financieras que divulguen el impacto en la naturaleza de sus actividades; usar las compras públicas para crear una demanda estable de alimentos cuya forma de producción proteja los ecosistemas; enviar señales políticas lo bastante firmes para que las empresas e inversores tengan certidumbre a la hora de invertir; ampliar las coaliciones de países que desean ir por delante de los acuerdos generales; y dar a los pueblos indígenas y comunidades locales una autoridad legítima para definir las iniciativas. Ninguna de las palancas mencionadas es suficiente por sí sola. Pero conjuntamente, con empeño y coordinación, pueden modificar la economía, la política y la aceptación social de los sistemas que es necesario transformar, y hacerlo lo bastante rápido para que el cambio se afiance antes de 2030.

Se trata de una labor que no va a avanzar en línea recta. Habrá reveses, periodos en que los resultados parezcan diminutos en comparación con lo necesario, tramos en que las personas que están haciendo el trabajo se sientan exhaustas. Pero nada de eso significa que el esfuerzo no esté funcionando. Lo que determinará si tenemos éxito o no es si bastantes personas, entidades y países siguen comprometidos con la labor de conservación, trabajando conjuntamente durante el tiempo suficiente para que el cambio se sostenga a sí mismo.

El aumento y la recuperación de especies documentadas en este informe se produjeron porque hubo personas comprometidas con resultados que no podían garantizar, a menudo para lograr cosas que ni siquiera vivirían para ver. Las transformaciones que hoy necesitamos en los sistemas energético, alimentario y financiero requieren eso mismo de nosotros, a una escala mayor y con mucho menos tiempo por delante. La ventana que nos permitiría acceder a un futuro diferente se está estrechando, pero sigue abierta. Tenemos sendas creíbles, la capacidad para actuar y un objetivo que vale la pena. Lo que requiere 2030 es que los usemos.



ORGANIZACIONES DE LA RED WWF

Alemania
Australia
Austria
Bélgica
Brasil
Canadá
China
Colombia
Corea
Dinamarca
España
Estados Unidos
Europa Central y del Este*
Filipinas
Finlandia
Francia
Grecia
Hong Kong
India
Indonesia
Italia
Japón
Kenia
Malasia
Noruega
Nueva Zelanda
Países Bajos
Pakistán
Polonia
Portugal
Reino Unido
Singapur
Sudáfrica
Suecia
Suiza
Turquía

*Europa Central y del Este:

Bulgaria
Eslovaquia
Hungría
República Checa
Rumanía
Ucrania

OFICINAS DE PAÍS DE WWF

Adria
Adria-Serbia
África del Norte
Armenia
Asia Central
Azerbaiyán
Belice
Bolivia
Bután
Camboya
Camerún
Cáucaso
Chile
China (oficina de representación)
Ecuador
Gabón
Guatemala-Arrecife Mesoamericano
Guayanas
Guyana
Honduras
Islas Salomón
Laos
Madagascar
Mediterráneo
México
Mongolia
Mozambique
Myanmar
Namibia
Nepal
Pacífico - Fiyi
Papúa Nueva Guinea
Paraguay
Perú
República Centroafricana
República del Congo
República Democrática del Congo
Tailandia
Tanzania
Uganda
Vietnam
Zambia
Zimbabue
WWF EPO - Oficina de Política Europea

ORGANIZACIONES SOCIAS DE WWF

- Emirates Nature (UAE)
- Fundación Vida Silvestre (Argentina)
- Pasaules Dabas Fonds (Latvia)

WWF-World Wide Fund for Nature (antes World Wildlife Fund) es una fundación creada en 1961 son sede en Gland, Suiza, y conocida generalmente como WWF Internacional.



INFORME PLANETA VIVO 2026

La ciencia de la esperanza

DETALLES DE LA PUBLICACIÓN

Publicado en octubre de 2026 por WWF - World Wide Fund for Nature (antes World Wildlife Fund), Gland, Suiza (“WWF”).

Toda reproducción total o parcial de esta publicación deberá ajustarse a las normas que figuran a continuación, mencionar el título y acreditar al editor mencionado como propietario de los derechos de autor.

CITA RECOMENDADA

WWF. (2026). *Informe Planeta Vivo 2026 – La ciencia de la esperanza*. WWF, Gland, Suiza.

Nota sobre el texto y los gráficos: © 2026 WWF Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción de esta publicación (excepto las fotografías) con fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se notifique previamente por escrito a WWF y se cite la fuente como se indica más arriba. Queda prohibida la reproducción de esta publicación para su reventa u otros fines comerciales sin autorización previa por escrito. La reproducción de las fotografías para cualquier fin está sujeta a la autorización previa y por escrito de WWF.

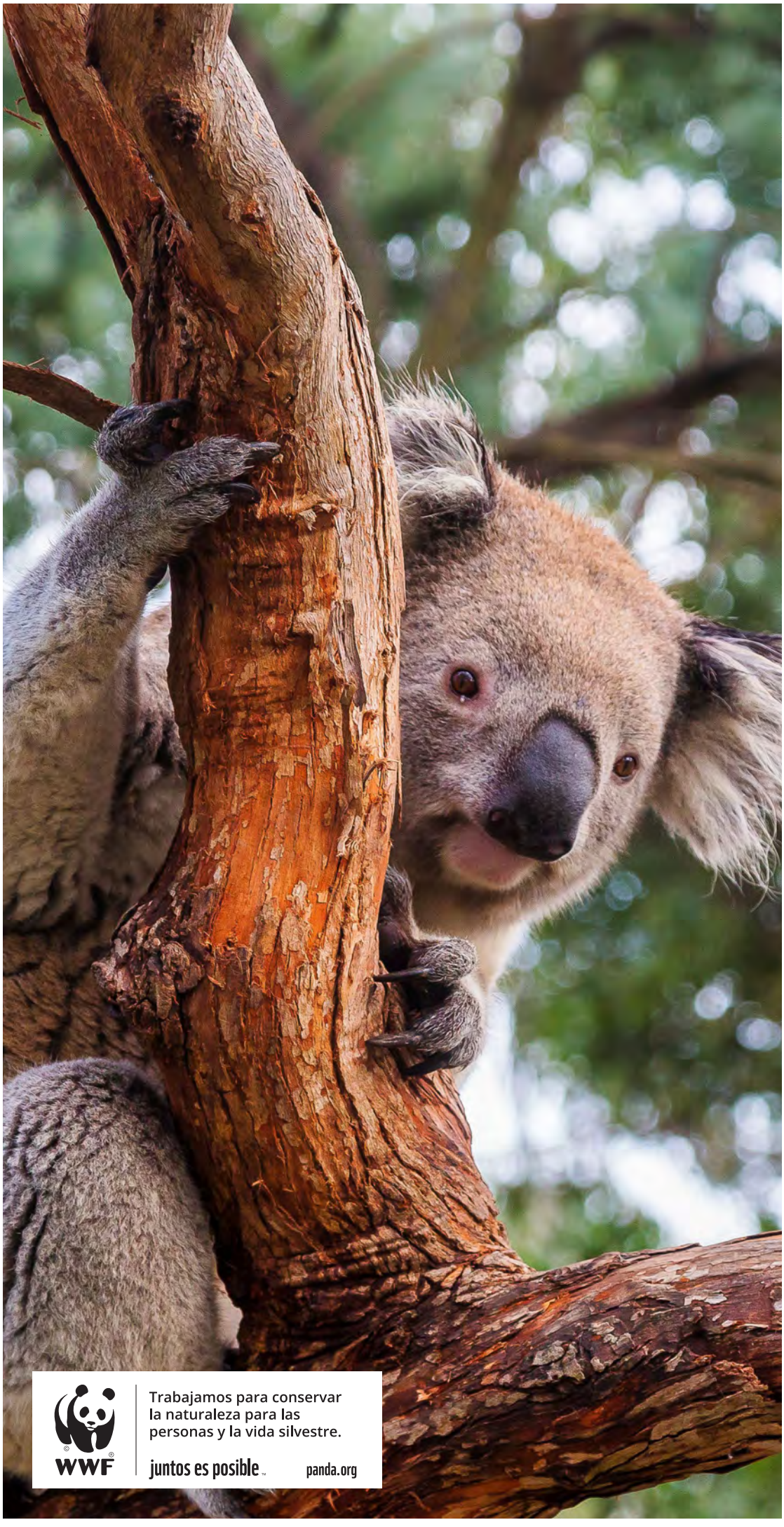
EXENCIÓN DE RESPONSABILIDAD

La designación de entidades geográficas y la presentación del material no implican la expresión de ninguna opinión por parte de WWF sobre la condición jurídica de ningún país, territorio o zona, o de sus autoridades, ni sobre la delimitación de sus fronteras o límites.

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL
AEIOU Traductores

MAQUETACIÓN
Puntoaparte Editores

COORDINACIÓN
WWF Colombia, WWF España, y WWF Latinoamérica y el Caribe.



INFORME PLANETA VIVO 2026

La ciencia de la esperanza

© 2026

Papel 100 % reciclado.
WWF® y el Logotipo del Panda ©1986 son propiedad de WWF. Todos los derechos reservados. WWF International, Rue Mauverney 28, 1196 Gland, Suiza.

Para más información, visite **livingplanet.panda.org.**

WWF®

Trabajamos para conservar la naturaleza para las personas y la vida silvestre.

juntos es posible™ panda.org

FSC™